

La Niña



Huelva

Junio, 1954

# 2

Fundaron "La Niña":

Diego J. Figueroa

Pedro Bargueño

J. M. Aguirre

Redacción: Puerto, 40 - HUELVA

## LAS MAÑANAS TRIUNFANTES

Despierto. La salud—¡mil gracias!—  
 Se impone renovadoramente:  
 Abundancias jamás reacias  
 A seguir su ruta ferviente.

El poder que a los hombres guía  
 ¿Se desvanece en el vacío?  
 Me punza la melancolía  
 De quien se descubre tardío.

¿Posible ventura se pierde?  
 A ningún fervor yo renuncio.  
 No hay mañana sin ramo verde,  
 Aquí de eterna vida anuncio.

Sin embargo... ¿Y estos alardes  
 Que no encuentran su justo empleo  
 Ni en las mañanas ni en las tardes  
 Ni en las noches? Terco el deseo.

Alguien goza si yo no gozo.  
 La existencia sigue en sus trece  
 Llamando al exmozo y al mozo.  
 Jovial y triste: ya amanece.

Cuando doblas los hombros, amada,  
y llevas  
los ojos a beber en la luz  
de Confucio,  
la palabra antigua  
salta, como una crisálida  
de su cárcel de seda,  
y echa a volar,  
con las mariposas que le pones.

Cuando alzas los hombros, amada,  
y llevas  
los ojos a beber en la luz  
del sol nuevo,  
el rayo se envejece  
y se avalora como un vino,  
en su bodega alta y luminosa.

## SALTO

Se me cambió el mañana  
en ayer, de repente.

Me dormí en paladares  
de manzanas, maduras  
al gozo de la mano  
—de antemano dormida

a la dulce llamada  
de la despierta fruta—  
y fué, mientras mi sueño,  
este salto a destiempo  
que dejó atrás un día.

Salto sin longitud  
ni altura; salto solo  
dado sobre la cuenta  
del día descontado  
en la doble partida  
de marchar y quedarse.

## VECINO DE LA NOCHE

«Aunque es de noche...»

(S. Juan de la Cruz).

Yo quiero para mí todas las sombras;  
yo quiero andar, de noche,  
sobre la voz antigua de la estrella.

No me hiere en la paz el grito del borracho,  
él, como yo, tendrá triste su piel, por la mañana,

No están aquí los hombres que me esperan  
detrás de cada hora, por el día,  
con sus palabras corcovadas.

Yo quiero para mí la sombra,  
con sus ventanas ciegas  
y sus máquinas mudas  
y su ausencia de números.

Por esta sombra mía voy seguro;  
me lleva de las manos el silencio.

## LA HOJA

### I

No es imagen de las horas, o de los años, ni de la vida.

Es una hoja, la de un árbol que no me ha sido dado conocer pero que nació conmigo.

Una hoja que, ahora mismo, cae y me roza el rostro. Igual que otras veces, igual que cuando paseaba contigo, muchacha, y te decía lo que significaba una hoja caída, lo que significaba entonces una hoja caída.

Entonces...

Ahora no significa nada.

Es una hoja que cae, una cosa que cae, y nada más.

Muchacha, me ha llegado el momento de renunciar a tí para siempre.

Cerrado quedo ya para lo que pueda venir.

Una hoja que cael

Así, gira un poco, se mece pálida en un invisible plano horizontal, se estremece mientras cae definitivamente a tierra.

Así, pero antes de llegar al reposo su cadáver ha rozado mi rostro.

Un ala que ha rozado mis ojos.

Un secreto, un dolor, un misterio que me han detenido ahora mismo, para siempre.

En el parque, lleno de gente, allí mismo me hubiera quedado también yo caído hasta la muerte.

Y tú, muchacha, tan lejos, mientras algo mío—tuyo—se ha quedado junto a una hoja caída, mientras algo muy verdadero me ha abandonado en aquel sitio, mientras me he quedado solo, no solo entre la gente, no solo entre nadie, no, no y no, solo,

me he quedado solo en un vacío tan maravilloso  
como el cielo de otoño que acariciaban en su caída  
las hojas de los árboles.

Dios, yo no sé qué significaba esta hoja que cae de  
tu mano!

## II

Estas arboledas, este río, este lamento sin amargura  
que me acecha.

Arboledas desnudas.

Río y lamento cubiertas de hojas secas.

Y para amarlo todo yo aquí solo!

Con tanta claridad esmerilada, tú, muchacha, vienes  
a hacer juego.

Con una hoja que cae hago yo el juego.

Aquí estoy, sin nada que me espere, esperando, ya  
quieto, solo para siempre.

Señor, llama a tus barrenderillos, señálales esta hoja  
que cae, ésta, Dios nuestro, no ésa, ni aquélla,  
ésta que ahora mismo cae rozando mi rostro, señálales  
esta hoja, a ver si de algún modo la detienen en el aire.

Así, volando suavemente, un poco hacia la tierra y  
un poco hacia las nubes, así, girando, llevado por  
el aire.

Sin tanta soledad irresistible.

Sin tanta cosa para amar.

Sin tanto peso aplomador de mi vuelo.

Sin tanta tierra que me atraiga.

Mecido en esperanza.

Así, casi volando.

No muy alto.

No muy firme.

Pero, así.

Así, Dios mío, no me dejes caer en la tierra para  
siempre!

## ELEGÍA A UN MUERTO JOVEN

Qué gran trozo de aire tienes tuyo.  
Tú querías las cosas, las nombrabas  
con una voz distinta en cada una.  
Tú querías el mundo, sus parciales  
encuentros en sus piedras o sus rosas.

Ahora, qué tienes. Hay  
cosas donde estás, cosas alegres,  
gráciles cosas verdes, azules, desiguales?

Yo tengo aquí las cosas, las toco, me rodean.  
Son tranquilas o rudas. Por ejemplo, una casa;  
por ejemplo, esa flor que se clava en mi pecho  
y le deja una gota de sangre enorme y fría.

Yo tengo aquí las cosas: ellas me comunican su fuerza,  
su sonrisa.

Yo tengo muchas cosas: estoy casi contento  
sorprendiendo sus idas y venidas, su sabor imborrable  
a la vida, a la luz o la hierba del aire.

Pero, y tú. Te han echado  
en el desván, vacío, sin cosas, sin contento,  
desnudo. Te han dejado desnudo.

Con las manos cortadas?

Ya tan pobre  
que no tienes  
ni un poco así de risa?

## LA VIDA COMO ACEPTACIÓN

Volviendo a hablar de la soledad, aparece cada vez más claramente que ella no es, en rigor, nada que se pueda tomar o dejar. Y es que *somos* solitarios. Uno puede querer engañarse a este respecto y obrar como si no fuese así; esto es todo. Pero ¡cuánto más vale reconocer que somos efectivamente solitarios, y hasta partir de esta base! Así, por cierto, ocurrirá que sintamos vértigo, pues nos vemos privados de todos los puntos en que solía descansar nuestra vista; ya no hay nada cercano, y todo lo lejano está infinitamente lejos. Quien fuera llevado, casi sin preparación ni transición alguna, desde su aposento a la cúspide de una gran montaña, tendría que experimentar algo semejante: se sentiría casi anonadado por una inseguridad sin igual y por el verse abandonado al capricho de algo que no tiene nombre. Le parecería estar cayendo, o se creería lanzado al espacio o estallando en mil pedazos. ¡Qué enorme mentira debería inventar entonces su cerebro para alcanzar a recuperar el anterior estado de sus sentidos y devolverles su serenidad! Así se transforman, para quien se vuelva solitario, todas las distancias, todas las medidas. Muchos de estos cambios se producen de un modo repentino y brusco; y al igual que en aquel hombre transportado a la cima de una montaña, surgen entonces aprensiones insólitas y sensaciones extrañas, que parecen rebasar todo lo humanamente soportable. Pero es necesario que también *esto* lo vivamos. Debemos aceptar y asumir nuestra existencia del modo más amplio posible; todo, incluso lo inaudito, ha de ser viable en ella. Este es, en realidad, el único valor que se nos pide y exige: tener ánimo ante las cosas más extrañas, más portentosas y más inexplicables, que nos puedan acaecer.

El que los hombres hayan sido cobardes en este terreno ha causado infinito daño a la vida; los sucesos a los que se da el nombre de «fenómenos» o de «apariciones», el llamado «mundo espectral», la muerte, todas esas cosas que nos son tan afines, han sido de tal modo desalojadas de la vida por el diario afán de defenderse de ellas, que los sentidos con que podríamos aprehenderlas se han atrofiado—¡y no hablemos de Dios!—. Mas el miedo ante lo inexplicable no solo ha empobrecido la existencia del individuo; también las relaciones de ser a ser han quedado cercenadas por él y—valga el símil—, descuajadas del cauce de un río lleno de posibilidades infinitas, para ser llevadas a un lugar yermo

de la ribera, donde nada sucede. Pues no sólo por desidia se repiten las relaciones humanas con tan indecible monotonía y sin renovación alguna de un caso a otro, sino que también por temor y recelo ante cualquier vivencia nueva y de imprevisible trascendencia que uno cree superior a sus fuerzas. Pero sólo quien esté apercebido para todo, sólo quien no excluya nada de su existencia —ni siquiera lo que sea enigmático y misterioso—, logrará sentir hondamente sus relaciones con otro ser como algo vivo, y sólo él estará en condiciones de apurar por sí mismo su propia vida. Pues en cuanto consideramos la existencia de cada individuo como una habitación mayor o menor, queda de manifiesto que los más sólo llegan a conocer un rincón de su aposento, un sitio junto a la ventana, o alguna estrecha faja del entarimado que van y vienen recorriendo de un lado para otro. Así disfrutaban de alguna seguridad... Y sin embargo ¡cuánto más humana es aquella inseguridad llena de peligros que, en los cuentos de Poe, impulsa a los cautivos a palpar las formas de sus horribles mazmorras y a familiarizarse con los indecibles terrores de su estancia! Pero nosotros no estamos presos. Ni trampas, ni redes, ni lazos, se hallan aparejados en torno nuestro, ni hay nada que deba causarnos angustia o darnos tormento. Si hemos sido puestos en medio de la vida, es por ser éste el elemento al que mejor correspondemos, al que somos más adecuados; además, por obra de una adaptación milenaria, nos hemos vuelto tan semejantes a esta vida, que cuando nos quedamos inmóviles, apenas si—merced a un feliz mimetismo—se nos puede distinguir de cuanto nos rodea. Ninguna razón tenemos para recelar y desconfiar del mundo en que vivimos. Si entraña terrores, son *nuestros* terrores; si contiene abismos, estos abismos nos pertenecen; si en él hay peligros, debemos procurar amarlos. Con tal que cuidemos de ordenar y ajustar nuestra vida conforme a ese principio que nos aconseja atenernos siempre a lo difícil, cuanto ahora nos parece ser lo más extraño acabará por sernos lo más familiar y lo más fiel.

¿Cómo podríamos olvidarnos de aquellos mitos antiguos que presiden al origen de todos los pueblos—esos mitos de los dragones que en el momento supremo se transforman en princesas?...—Quizá sean todos los dragones de nuestra vida, princesas que sólo esperan vernos alguna vez resplandecientes de belleza y valor; y quizá todo lo terrible no sea, en realidad, sino algo indefenso y desvalido que nos pide auxilio y amparo.

(«de Briefe an einen jungen Dichter»).

## BALAS PERDIDAS

Muchas balas de amor tengo perdidas.

Sé que estarán viviendo en otros blancos.

Nada se crea, ni destruye y todos,  
todos, tendrán su dónde, estos disparos.

Muchas balas de amor tengo perdidas  
por esos mundos, por aquellos campos  
y cuando yo me vaya vendrán otros,  
otros cetreros con sus tiros largos.

Esta impensada pieza, esta cosecha  
de luz, es de un lucero ya cazado.

## LA LAGRIMA

No quisiera dejar de mi amargura  
más que la justa lágrima, la suave  
espinas de piedad y de cordura  
que a todos punze y a ninguno clave.

Gota de honestidad, lágrima pura  
del corazón, encrucijada, enclave  
de madurez, de luz y de clusura  
que hace al verso varón y al hombre grave.

Todo se cierra en todo. Y una vida  
se cierra en una lágrima, medida  
al colmo exacto del frustrado anhelo.

Justo es llorar la luz que no se alcanza,  
que otros vendrán y llegarán al cielo  
con mis alas de amor y de esperanza.

(Del libro inédito «Carta de amor».)  
1954, enero.

R U I N A S

El tiempo, goteando entre los árboles  
emborrona el silencio de la tarde.

Un eco, sin origen, busca el aire  
que lleve su secreto a los arcángeles  
del mundo que hay detrás de las edades.

¿De quién serán, Señor, esas imágenes  
viriles que no duermen. Qué agua madre  
refresca y da humedad a tantas vidas  
anónimas. De quién es esta tarde?

En musgos y verdines yace el hambre  
de tantas bocas, juntas en la clave  
de un mismo bostezar.

Casi sin sangre,  
la tierra dice a gritos su mensaje.

¿Por qué, por qué Señor tantan imágenes  
tapándonos los puntos cardinales  
del alma que llevamos, sin mirarte?

## ORACIÓN PARA PEDIR LA NIEVE

Señor, está sucio el mundo.

Todo el mundo, Señor, con sus ciudades, sus campos  
sus jardines,

a pesar del asfalto, a pesar de las flores;

por más que pase el viento, por más que corran ríos  
por más lluvias y lluvias que nos mandes de  
arriba.

¡El mar no puede más!

¡Ni la tierra, ni el aire!

Los corazones crecen y se maduran sobre cargas de  
lodo y temo que muy pronto todo nazca  
podrido,

con su oscuro gusano,

y no quede el latido de una pequeña luz.

¡Ayúdanos Tú, Señor!

¡Echanos una grua, un salvavidas!

O inventa algo más nuevo y purificador...

¡La nieve! La nieve que lo blanquea todo, que lo limpia  
todo, que lo cubre todo.

Pero una nieve ALTA que nadie pueda ni pretenda  
pisar, que penetre en las casas y florezca en los  
más olvidados rincones

y quede temblando en las frentes de todos,

en las almas de todos

por todos los siglos de los siglos...

ORACIÓN PARA PEDIR LA NIEVE

## HOMENAJE

En el parque del hombro  
tu abandono erigido

Cada vez que te nombro  
te quedas como un siglo

En el solar del tiempo  
El cuerpo construído

Por la mano de tarde  
el guante de tu frío

Cada día hace un año  
Que pasó algo querido

## LA MELODÍA

Una mano de algodón le golpeó en la nuca y el músico cayó dormido sobre su manuscrito. La frente se apoyó en unas corcheas, aún frescas, y la tinta quedó marcada en ella. Las figuras aprovecharon el fenómeno de la ósmosis e iniciaron una excursión retrospectiva por el claustro en donde, en forma nebulosa e imprecisa, nacieran.

Penetraron, pues, en su cerebro y el hombre comenzó a soñar.

Ante él había un brillante cilindro vibrante, de una substancia casi inmaterial y dinámica. La base se apoyaba en la mesa, ante él, y en la parte superior se perdía en las negras profundidades de la altura, sin que pudiera divisar su fin. El objeto producía un sonido continuo y musical pero sin que él pudiera discriminar las notas que lo componían, debido a la complejidad del acorde.

Recordó una vez que efectuaron en la catedral una prueba del gigantesco órgano y abrieron simultáneamente gran cantidad de registros. El tono era muy semejante, aun cuando el volumen mucho mayor.

El sonido, si bien continuo, tenía ciertas oscilaciones que coincidían con las pequeñas vibraciones del cilindro. Alargó una mano y tocó el objeto.

Al instante se produjo una disonancia espantosa y por su brazo corrió un pequeño estremecimiento.

El punto que tocara se estrechó un momento y, a continuación, se dilató como una pulsación que se fué reproduciendo. Estos vientres y nodos se iban desplazando hacia arriba, seguidos por los nuevos que

se iban formando, y que, poco a poco, se hacían menos acusados. El sonido decreció proporcionalmente hasta recobrar el tono primitivo, cuando el cilindro volvió a su estado anterior de reposo dinámico.

El músico, muy excitado, comprendió que tenía ante él una columna de música pura. Tras unas breves tentativas pudo con ligeros roces y toques al objeto, reproducir las notas que deseara.

Y entonces se dejó arrebatar por la inspiración. La columna, dócilmente, se fué plegando y retorciendo bajo sus manos y al mismo tiempo, gigantesca, reprodujo la melodía que tantas veces soñara. Los sonidos, purísimos, sin timbre extraño alguno, resonaban bajo sus manos y poco a poco fueron enriquecidos con las nuevas complicaciones armónicas que iba ideando.

Sintió un goce casi divino al poder moldear, con sus propias manos y directamente, la música como un sobrehumano escultor de voces.

Todo el desarrollo de la melodía fué construído de esta manera y en la reexposición, introdujo un cánón fugado, pudiendo medir con la vista las distancias entre las distintas voces.

Su excitación gozosa fué creciendo vertiginosamente y, con una especie de frenesí mental, fué añadiendo pasajes, cada vez más complicados, para lo cual hubo de desplegar una prodigiosa actividad física.

En uno de aquellos bruscos movimientos perdió el equilibrio de su asiento y, al caer, recibió un fuerte golpe. Se despertó inmediatamente creyendo oír todavía la maravillosa melodía.

Pero cuando, rápidamente, requirió el papel pautado para fijarla, se encontró con que era la misma que anotara antes de su sueño. Y esto le produjo una agrídulce sensación.

En realidad, había sido un sueño bastante inútil.

**Colaboran en este número:**

**Jorge Guillén**

**Jesús Arcensio**

**Diego José Figueroa**

**J. M. Aguirre**

**Manuel Pinillos**

**Pedro Bargeño**

**José Luis Prado Nogueira**

**Ricardo Saavedra**

**Mercedes Chamorro**

**Miguel A. Artazos**

**M. Derqui**

**Viñeta de Enma**

